

REBECCA MANLEY PIPPERT



SAL

EN UN MUNDO CAMBIANTE

EL EVANGELIO SIGUE SIENDO RELEVANTE

REBECCA MANLEY PIPPERT



SAL

EN UN MUNDO CAMBIANTE

EL EVANGELIO SIGUE SIENDO RELEVANTE



ÍNDICE

Introducción

SECCIÓN UNO: LOS MEDIOS

01 Oposición en el campus

02 Celebrar nuestra pequeñez

03 Gloria en la debilidad

04 Caminar con el Espíritu

SECCIÓN DOS: EL MENSAJE

05 Tenemos una historia mejor

06 La creación: La vida tal como fue diseñada

07 La caída: El problema de este mundo

08 La cruz: El remedio de Dios

09 La resurrección: Todo ha cambiado

10 El regreso: Lo mejor está por llegar

SECCIÓN TRES: EL MÉTODO

11 Por qué, qué y quién

12 Mostrar el amor de Cristo

13 Declarar la verdad de Dios

14 Dependier del poder del Espíritu

CONCLUSIÓN - Un momento crítico

EPÍLOGO - Unas palabras para los líderes

Notas

Bibliografía

Agradecimientos

Introducción

Si hay algo que une a todos los cristianos, ahora y a lo largo de la historia, es nuestra gozosa seguridad de que lo más grande que ha sucedido en nuestro planeta es el nacimiento, la muerte, la resurrección y la ascensión de Jesucristo. ¡El mensaje del evangelio es la mejor noticia!

Entonces, yo me pregunto: si esto es así, ¿por qué a tantos cristianos les cuesta horrores compartir la gloriosa noticia del evangelio? ¿Cómo podemos creer que no hay mejor noticia en el mundo y, sin embargo, sentirnos incapaces o poco dispuestos a contarla a los demás?

Mi marido Dick y yo llevamos muchos años dedicados al ministerio de la evangelización en EE. UU. y en todo el mundo. Hemos trabajado en todos los continentes y recientemente hemos vivido siete años en Europa, donde se encuentran algunos de los lugares más seculares de la tierra.

Hace dos años, cuando volvimos a instalarnos en EE. UU., me entrevistaron en un programa de radio nacional que incluía un tiempo de preguntas por parte de los radioyentes. El productor dijo antes de la entrevista: "Becky, sé que tú y tu marido habéis viajado por todo el mundo hablando de evangelización y que recientemente habéis vivido y servido en Europa. Tienes que saber que las

cosas han cambiado en EE. UU. Siendo honesto, los cristianos estadounidenses parecen estar mucho más interesados en vivir el evangelio y dar testimonio sirviendo a los necesitados de su ciudad que en cualquier expresión verbal de la fe. Siendo muy honesto, creo que no hay interés por ese tipo de evangelización. Así que no te preocupes si nadie llama por teléfono”.

¿Qué pasó después de la entrevista? ¡Todos los teléfonos empezaron a sonar! ¡Llamó gente de una punta a la otra del país!

Los comentarios que hicieron fueron muy reveladores. Todos los que llamaron hablaron de alguien que les importaba mucho y que no era cristiano, pero reconocieron que sentían temor ante la idea de entablar una conversación sobre cuestiones espirituales. Dijeron que anhelaban que sus amigos conocieran a Cristo, pero que se sentían incapaces de hablar de la fe y por eso oraban para que otro cristiano lo hiciera por ellos. Todos sus miedos eran similares: *¿Cómo puedo plantear el tema de la fe de forma natural? ¿Qué pasa si los ofendo o me rechazan? ¿Qué pasa si plantean preguntas que no sé responder?* Casi todos dijeron que ojalá sus iglesias les enseñaran a evangelizar, no con fórmulas que tenían que memorizar y usar por igual con todas las personas, sino de la forma que yo había descrito en la entrevista.

Una cosa tengo clara: nunca ha habido tanta necesidad de compartir a Cristo con el mundo, empezando por nuestros vecinos, y nunca los creyentes se han sentido tan poco equipados para ello.

¿Por qué a los cristianos, especialmente en Occidente, les cuesta compartir su fe? Mientras que en casi todas las partes del mundo el cristianismo está creciendo de forma espectacular, ese no es el caso en Occidente. Europa y Canadá son seculares, poscristianas. Las estadísticas sugieren que los EE. UU. avanzan con paso decidido en la misma dirección. Cada vez hay más voces influyentes que se muestran hostiles y opuestas a la fe cristiana. Las principales corrientes que dan forma a nuestra cultura presentan enormes desafíos para el evangelio: el colapso de la verdad absoluta; el cambio de la autoridad objetiva por la preferencia personal; el crearse una “religión a conveniencia”, escogiendo qué creer y qué no creer; la revolución sexual... La lista continúa.

Ante esta realidad, algunos cristianos se sienten enojados.

Algunos cristianos se sienten intimidados.

Algunos cristianos se sienten derrotados.

Yo me siento esperanzada.

Porque, aunque vivimos en tiempos difíciles para el evangelio, también vivimos en tiempos extraordinarios llenos de oportunidades para el evangelio. Como mi amigo Os Guinness, el conocido crítico social, ha escrito:

“Esta época es simplemente la mayor oportunidad para el testimonio cristiano desde los tiempos de

Jesús y los apóstoles, y nuestra respuesta debería ser aprovechar la oportunidad con imaginación y valentía. Si alguna vez la ‘puerta grande y eficaz’ de la que Pablo escribió se ha vuelto a abrir para el evangelio, es ahora” (*Fool’s Talk*, p. 16).

Fruto de una tierra estéril

Sin duda, el paisaje en Occidente ha cambiado mucho desde que escribí mi primer libro sobre evangelización *Fuera del salero* en 1979. En aquel entonces era bastante radical plantear un enfoque encarnacional del testimonio, desafiar a los cristianos a salir del salero para ir al mundo: es decir, animarlos a no vivir en una burbuja cristiana, sino a entablar una amistad genuina con personas no creyentes, y a compartir el evangelio como parte de una relación y no como si fuera un torpedo —lo lanzo y me voy corriendo—.

Ahora, 40 años después, escribo mi segundo libro sobre evangelización porque necesitamos aprender de nuevo a compartir nuestra fe con confianza, compasión y de forma convincente en este nuevo mundo poscristiano. Recuerdo que, cuando planeábamos mudarnos a Europa, algunos amigos bienintencionados nos aconsejaron que no lo hiciéramos:

“Es tierra infértil para el evangelio, Becky”.

No lo era. La tierra secularizada de Europa resultó ser muy fértil para el evangelio. El fruto fue tremendo. Y este libro

es realmente el resultado de las lecciones que aprendimos.

Lo que hemos visto en nuestro ministerio es que incluso cuando nuestro paisaje cultural se vuelve cada vez más secular, el secularismo no tiene el poder de borrar nuestros anhelos humanos de significado y valor. En todo caso, los incrementa. Dios ha puesto el anhelo de identidad, significado y propósito en todos los corazones humanos; así que, incluso si la gente no es capaz de explicar qué le falta, el anhelo y la añoranza están ahí. Pero no sabrán dónde buscar a menos que los cristianos vivan y cuenten las buenas noticias de lo que Dios ha hecho por todos en Cristo.

Predícate a ti mismo

Cuando regresamos a vivir en EE. UU., me vi cada vez más identificada con Lesslie Newbigin, el difunto teólogo, autor y misionero británico. Después de vivir en la India durante años, Newbigin regresó a su hogar en Inglaterra y se sorprendió por dos cosas: primero, el grado de secularización de Inglaterra; y segundo, el impacto que la cultura secular estaba teniendo en los cristianos.

Se dio cuenta de que el desafío no era solo cómo llegar a los no creyentes con el evangelio, ¡sino también cómo llegar a los creyentes con el evangelio! Y ese es, creo, el desafío para los cristianos en todo lugar. En Occidente, el desafío se produce por vivir en una cultura posverdad y poscristiana que refleja las distorsiones de la posmodernidad.¹ Esto significa que tenemos que crecer en

nuestro amor por Jesús y descubrirlo con ojos nuevos: permitir que la verdad del evangelio tenga pleno efecto en nosotros y encontrar formas eficaces de comunicar el evangelio para un momento como este.

Nuestro problema, sin embargo, es que estamos mucho más influenciados por la cultura secular de lo que pensamos. Corremos el gran peligro de creer el evangelio con nuestra mente, pero vivir como escépticos porque hemos adoptado una visión más secular de la realidad, sin darnos cuenta. Necesitamos recuperar la confianza en que el evangelio es realmente relevante para la gente secular de hoy, que Dios y su evangelio aún tienen el poder de cambiar vidas. Necesitamos ver por qué debemos involucrarnos en la evangelización aunque no nos sintamos dotados para ello. Necesitamos recordar por qué merece la pena pasar por situaciones en las que podríamos ser rechazados.

Si vamos a predicar el evangelio a los demás, también necesitamos predicárnoslo *a nosotros mismos*: a nuestros propios corazones y mentes. Este es nuestro doble desafío. Para ser mensajeros creíbles del increíble mensaje del evangelio, ¡nosotros mismos tenemos que entender y creer de verdad el evangelio! Nuestro énfasis nunca debe estar en los números o las técnicas, las fórmulas o la manipulación, sino en la autenticidad, la credibilidad y el poder espiritual. Así que este libro pretende entusiasmarnos con la profundidad y la belleza del evangelio, mientras a la vez nos equipa para compartirlo.

Después de hablar y escuchar a miles de cristianos alrededor del mundo, ayudándolos a entender el evangelio

y a compartirlo de manera atractiva, casi siempre mencionan tres razones por las que les cuesta hablar del evangelio o por las que eligen no sacar el tema.

Esas tres razones dan forma a la estructura de este libro.

Nos sentimos incapaces

Continuamente oímos del profundo sentimiento de incapacidad que los cristianos tienen en cuanto a compartir su fe. Se preguntan cómo podría Dios usarles en estos tiempos que corren. Es otra forma de decir que temen que Dios no vaya a obrar. En otras palabras, están luchando con la incredulidad. También suponen que la evangelización es un llamamiento especial y no es para personas como ellos. Aunque no se dan cuenta, lo que realmente están diciendo es que la evangelización depende solo de ellos y por eso les entra el pánico.

Así que empezaremos este libro mirando los *medios* para el testimonio. Veremos que Dios nos ha dado todos los recursos divinos que necesitamos para la vida y para el testimonio; veremos que la clave no es si somos grandes evangelistas, sino darnos cuenta de que Dios ha dado poder a todos sus hijos a través de su Espíritu para ser sus testigos. Aceptar nuestras limitaciones y disfrutar de nuestro Dios ilimitado es el punto de inflexión no solo en nuestro caminar con Cristo sino también en nuestro testimonio.

Pensamos que no sabemos lo suficiente

Otra área de inseguridad para los cristianos es sentir que les falta conocimiento. Temen no entender el evangelio lo suficientemente bien como para explicarlo o defenderlo. No saben cómo responder a las preguntas que los escépticos plantean. Tampoco saben cómo ayudar a los no cristianos a ver la belleza y la relevancia del evangelio para sus vidas.

Es por eso por lo que la segunda sección se centra en el *mensaje*. Miraremos cuidadosamente cada aspecto del evangelio: la creación, la caída, la cruz, la resurrección y la segunda venida de Cristo. Recordaremos qué significa cada aspecto del evangelio y por qué es tan maravilloso. Veremos las objeciones que recibiremos de los escépticos y posibles formas de responder a sus preguntas. Y, esto es clave, entenderemos cómo podemos usar cada parte del mensaje para conectar el evangelio con las preocupaciones y prioridades tanto de buscadores como de escépticos, y hacerlo de maneras que muestren la belleza y la relevancia del evangelio.

Nos falta confianza

Lo que oímos repetidamente es “No estoy seguro de cómo hacer esto. Sí quiero compartir mi fe, pero no sé por dónde empezar”. Así que la última sección se centra en el *modelo*: lo que podemos aprender de Jesús y de la iglesia primitiva sobre el “cómo” del testimonio. Veremos cómo podemos compartir eficazmente el evangelio tanto con personas que están espiritualmente abiertas como con aquellas que están cerradas.

El propósito de este libro es ayudarnos a estar a la altura del desafío de nuestro tiempo: hablar en nombre de nuestro Señor de una manera que refleje la maravilla de quién es Dios; comunicar la belleza, la profundidad y la relevancia del evangelio que él nos ha confiado; llegar a depender del Espíritu para que, a través del Espíritu de Dios, podamos abrir una brecha en la resistencia y la obstinación de las mentes y los corazones que todavía no creen. En resumen, ayudarnos a encontrar maneras eficaces de compartir nuestra fe incluso, o especialmente, con todos los desafíos que presenta el mundo de hoy.

SECCIÓN UNO: LOS MEDIOS

01 Oposición en el campus

No provengo de una familia cristiana. De hecho, mucho tiempo no fui cristiana.

Durante varios años me habría descrito como agnóstica nostálgica. Sentía que me faltaba algo: había en mí un anhelo al que no lograba poner nombre, una sed que no podía saciar, una añoranza de algo que no alcanzaba a visualizar.

Recientemente encontré algo que escribí para una clase de literatura en mi último año de secundaria. Me sorprendió ver lo claramente que aquel texto revelaba mi búsqueda de significado. Aquí va un fragmento: “Yo también me identifico con lo que el autor aborda en esta novela. Esa añoranza, esa sensación de que hemos sido creados para algo más, de que se nos promete algo más, ¿tiene alguna respuesta desde la realidad objetiva? ¿Existe alguna respuesta a esa ‘sed inconsolable’ de la que escribe?”.

El instituto de secundaria al que asistí era un instituto público; es decir, no era una escuela cristiana. Sin embargo, mi profesor escribió en el margen: “Becky, estás en el viaje más importante que cualquier ser humano

puede hacer. Aunque no lo sepas, estás buscando a Dios. No te conformes con sustitutos baratos. Llama a todas las puertas y sigue llamando hasta que obtengas una respuesta. Hagas lo que hagas, ¡no te rindas!”.

En esa búsqueda de significado exploré otras religiones y otras filosofías. Todo lo que leí me dejó insatisfecha. Sin embargo, nunca había investigado el cristianismo, ni leído una sola página de la Biblia, porque asumí que, como había crecido en EE. UU., ya lo entendía.

Entonces leí dos libros que me cambiaron la vida. El primero fue la novela *La caída*, de Albert Camus, el existencialista y ateo francés que me reveló que yo era pecadora. Afirmar que llegué a esa conclusión gracias a un autor ateo puede sonar extraño, pero su valiente análisis del corazón humano era tan devastador que ahogó toda esperanza de que llegara a ser una humanista optimista que solo veía el lado bueno de la naturaleza humana. No obstante, yo tenía un problema con Camus: aunque era profundamente realista sobre el lado oscuro de la naturaleza humana, no tenía respuestas satisfactorias para explicar el bien que vemos.

Entonces me encontré con un libro de C. S. Lewis, *Mero cristianismo*. Lewis me introdujo en el cristianismo. Aunque a un nivel superficial veía similitudes entre las principales religiones, me sorprendió lo diferente que era la fe cristiana de todo lo que había leído. Lewis también despertó mi interés por la Biblia. Empecé a leer los Evangelios y Jesús

me cautivó. Al final me rendí y entregué mi vida a Jesucristo, una historia de la que hablaré más en el próximo capítulo.

Encontrar la sed

Poco después de convertirme al cristianismo me marché de casa para ir a la universidad. Era una joven cristiana con muy poco conocimiento de la Biblia, pero sabía que los cristianos debían hablar de Jesús a los demás. El problema era que me faltaba el valor para hacerlo. Como muchos cristianos hoy en día, asumí que compartir mi fe significaba proclamar el mensaje a todas las personas que me encontrara, sin respiro. No tenía ni idea de cómo sacar el tema de la fe de forma natural. Me preocupaba ofender a la gente y no poder responder a sus preguntas. Así que nunca decía nada, esperando que la gente viera algo diferente al observar mi vida.

En mi primer año en la universidad tuve dos experiencias muy significativas. En el primer semestre asistí a un encuentro cristiano. El tema del mismo era la evangelización, y fui con la esperanza de que disipara mis miedos y me diera la valentía que me faltaba. La primera charla fue sobre el imperativo bíblico de la evangelización y me sentí inspirada y retada. En la segunda charla, sin embargo, empecé a pasarlo mal. El tema era “Cómo ser un testigo” y el conferenciante presentó tres puntos:

- Comparte el evangelio con tantas personas como sea posible en un día. Nos dio algunas frases útiles

para introducir el tema.

- Apunta siempre a que se entreguen a Cristo. Si no están interesados, entonces pasa a otra persona.
- Piensa en sus preguntas como cortinas de humo: cosas que la gente usa para no considerar la fe. Responde a sus preguntas si es posible, pero entiende que sus preguntas probablemente indican una falta de apertura espiritual.

Nos enviaron a un centro comercial con instrucciones para hablar con la mayor cantidad de gente posible sobre Jesús. No debíamos perder el tiempo conversando, sino que debíamos tratar de llevarlos a Cristo.

Sin embargo, decidí seguir mis propios instintos y pasé toda la tarde charlando con una sola persona, con quien tuve una conversación espiritual muy estimulante. No la presioné para que entregara su vida a Cristo porque me pareció prematuro. Al final de nuestra conversación intercambiamos direcciones para continuar nuestro diálogo espiritual.

Cuando regresamos, tuvimos un tiempo para compartir cómo nos había ido. Me di cuenta de que el “éxito” se definía por la cantidad de gente que había hecho profesión de fe, y por esa regla de tres, yo había fracasado. No

obstante, seguía muy contenta por la conversación espiritual que había tenido esa tarde.

Aquellos conferenciantes eran creyentes fieles que amaban al Señor de forma sincera. Sin embargo, ¡salí del encuentro confundida y con más preguntas que cuando llegué! ¿Qué significa ser testigo de Jesús? ¿Cómo hablaba Jesús a la gente sobre la fe? ¿Es la conversión la única medida del “éxito” evangelístico? ¿Son los “resultados” algo que nosotros podemos provocar?

Salí de aquel encuentro convencida de dos cosas: sí, era evidente que Dios nos llama a ser sus testigos, pero ahora tenía que averiguar cómo hablaba Jesús a la gente sobre la fe.

Así que empecé a estudiar los Evangelios. Me impresionó profundamente la tremenda compasión que Jesús tenía por la gente. Mostraba respeto escuchando atentamente a los demás. Hacía preguntas sugerentes y era tan atrayente que despertaba la curiosidad de la gente y querían escuchar más.

No importaba lo apremiantes que fueran las demandas que rodeaban a Jesús: nunca tenía prisa por pasar a la siguiente persona. Nunca trataba a la gente como “proyectos” evangelísticos. Tampoco compartía el evangelio siguiendo el mismo patrón con todos. La forma en que Jesús hablaba de la fe, las metáforas e ilustraciones que usaba, dependían de la persona con la que hablaba. Ni siquiera “predicó el evangelio” a todas las personas que se cruzaron en su camino.

No descubrí ninguna fórmula, pues Jesús no tenía una serie de preguntas que usaba siempre, hablara con quien hablara. Aprendí mucho observando cómo Jesús hablaba sobre la fe, pero también me quedó claro que daba testimonio de forma personalizada.

Quería aprender a compartir mi fe de la manera en que Jesús lo hizo. Así que le pedí a Dios que me guiara a las personas que él estaba buscando: en mi residencia, en mis clases, allí donde mi vida se cruzaba de forma natural con otras personas. Siempre dejaba abierta la puerta de mi habitación. Llegué a todo tipo de personas: personas que parecían muy lejos del reino de Dios y personas muy diferentes a mí.

Cada día le pedía a Dios que me llenara de nuevo con su amor y compasión por los demás. Invitaba a gente no creyente a hacer cosas conmigo. Les hacía preguntas para entender mejor quiénes eran y cuáles eran los obstáculos que les mantenían alejados de la fe. Comencé a mencionar a Dios si venía a cuento para ver si eso despertaba su curiosidad por la fe, como había visto hacer a Jesús. Oraba para que Dios me usara. Sobre todo, le pedía a Dios que les abriera los ojos y les hiciera ver la belleza y el asombro del evangelio.

En poco tiempo había entablado amistades auténticas con escépticos que compartían sus vidas conmigo, al igual que yo compartía la mía con ellos. Gracias a las muchas conversaciones, descubrí sus puntos de vista sobre diversos temas, lo que me permitió entender mejor sus creencias. Poco a poco, comenzaron a preguntarme sobre mis

creencias. Les expliqué por qué Jesús era tan irresistiblemente atractivo y cómo había llegado a creer que el cristianismo era verdad.

Cuando me preparaba para ir a casa por Navidad, tres estudiantes de mi residencia se me acercaron y me dijeron: “Becky, la forma en que hablas de la fe nos provoca mucha curiosidad. Ninguno de nosotros ha leído la Biblia antes. ¿Estarías dispuesta a leer la Biblia con nosotros? Queremos entender qué viste que cambió tanto tu vida”.

Les dije que ni hablar.

En contra de lo que predico ahora, les dije que era muy nueva en la fe e incapaz de dirigir un estudio bíblico. “¡Yo misma sé tan poco sobre la Biblia!”, les comenté. A lo que respondieron: “¡Entonces aprenderemos juntos!”. Después de que me lo pidieran tres veces, acepté a regañadientes.

Durante las vacaciones de Navidad estuve muy preocupada y oré mucho. La única conclusión a la que pude llegar fue que Dios había provocado aquello. Ya de regreso en la universidad, esa misma semana nos reunimos los cuatro para leer una historia sobre Jesús.

Decir que yo era inepta como líder de estudios bíblicos sería quedarse corto. Nunca había estado en un estudio bíblico, ¡mucho menos dirigido uno! Escoger los pasajes ya fue todo un desafío para mí. Para mi asombro, ellos lo disfrutaron... ¡y yo también! La segunda semana un estudiante más se unió a nosotros y la tercera semana éramos seis.

Si me hubieran preguntado entonces qué pensaba de la evangelización, habría dicho: “Me sorprende decir esto, ¡pero la evangelización no es tan difícil! Si oras, si eres auténtico y te preocupas de verdad por las personas, y si escuchas respetuosamente y tratas de entender sus preguntas y dificultades con la fe y estás dispuesto a compartir tus creencias... ¡descubrirás que tener conversaciones espirituales es algo que ambos disfrutáis! ¡La verdad es que la evangelización es mucho más fácil de lo que pensaba!”.

Todavía lo creo. Incluso hoy, cuando nuestra cultura occidental es cada vez más hostil a la fe y los desafíos en la evangelización son mayores, creo que compartir nuestra fe es más fácil de lo que solemos pensar. Por lo general, los escépticos responden de forma positiva al amor genuino y aprecian nuestro deseo de mantener un diálogo respetuoso. La verdad es que la gente está sedienta de algo a lo que no le acaban de poner nombre, pero que está ahí.

Entonces llegó la segunda experiencia. Las cosas iban a ponerse más difíciles.

Experimentar la hostilidad

La noche de nuestro tercer estudio bíblico regresaba a mi habitación y oí, al igual que todos los demás, un anuncio por los altavoces pidiéndome que fuera inmediatamente a la oficina de la encargada de la residencia. La encargada de la residencia era una mujer de mediana edad que vivía en un apartamento en la planta baja. Cuando entré en su

oficina y vi su cara, supe que fuera lo que fuera, era algo serio.

“Becky, ¿es verdad que diriges un estudio bíblico en la residencia?”, preguntó.

“Sí”.

“Pues va en contra de la política de la residencia, y un estudiante ya ha presentado una queja”, dijo.

Me quedé atónita. “Pero yo no he coaccionado a nadie a que viniera. De hecho, ¡otros me pidieron que lo dirigiera!”.

“Becky, ya he tenido reuniones sobre esto con mis colegas de otras residencias. Te lo advierto: ¡Cancélalo AHORA!”.

“¿Pero por qué? ¿Es una violación de la política de la residencia dirigir un estudio bíblico que los propios estudiantes han pedido?”. No estaba siendo arrogante. Estaba aterrorizada, pero también sorprendida.

“Escucha, Becky”, dijo. “Eres joven. No sé cómo te has metido en esta cosa religiosa. Me caes muy bien, pero podrías tener serios problemas. De hecho, si persistes en ello, podrían echarte de la universidad. Así que, por tu propio bien, ¡déjalo estar!”.

“¿Podrían expulsarme de la universidad?”, pregunté incrédula.

“Eso es”, respondió.

Enseguida me vinieron a la mente dos cosas. Primero, mi padre no era cristiano. De hecho, en ese momento, aparte de mi hermana, yo era la única cristiana comprometida en mi familia. La vergüenza que iba a sentir si llegaba a casa de esa manera era insoportable.

Segundo, me di cuenta de que no había orado. Así que clamé en silencio al Señor pidiéndole ayuda. Nunca olvidaré la paz que me inundó de repente. Entonces dije unas palabras que sabía que venían de Dios.

“Quiero honrar a esta universidad y obedecer sus reglas. Realmente quiero ser respetuosa. Pero no puedo detener este estudio bíblico. Debo hacer lo que siento que Dios me ha llevado a hacer. ¿Cómo puedo no hablar de lo que sé que es verdad?”.

“Siento mucho oír eso, Becky”, respondió la encargada de la residencia. “Ahora tendré que llevar esto a mis superiores. Me pondré en contacto contigo pronto. Pero estás siendo una insensata. ¿Me aseguras que no invitarás a ningún estudiante más hasta que volvamos a hablar?”.

“Recuerda que nunca he invitado a nadie. Pero, sí, te lo aseguro”, dije.

Volví a mi habitación, me tiré en la cama y empecé a llorar. Recuerdo haberle dicho al Señor: “¡Señor, eres

invisible! La gente no puede verte, pero pueden verme a mí. Y si me expulsan de la universidad, ¡tendrás que ser tú quien se lo explique a mi padre!”.

Una amiga, Paula, vino a mi habitación porque quería saber por qué me había llamado la encargada de la residencia. Se lo conté y, viendo mi angustia, me dijo: “Becky, mi padre es anciano de nuestra iglesia. Ven a casa conmigo este fin de semana y coméntalo con él”.

Ese fin de semana su padre escuchó mi historia con gran compasión y dijo: “Becky, no creo que puedan expulsarte. Pero te lo han hecho pasar bien mal. Esta tarde quiero que leas el libro de Hechos de principio a fin. Te ayudará. Y luego lo comentamos”.

Dejando de llorar, anoté obedientemente el título y le pregunté dónde podía comprar ese libro.

“Esto... Becky, el libro de Hechos está en la Biblia, justo después de los Evangelios”, dijo. Luego, con una sonrisa irónica, añadió, “¡Menudo debe ser el estudio bíblico que estás dirigiendo!”.

Esa tarde, por primera vez en mi vida, leí el libro de Hechos. Nunca olvidaré el momento en que leí Hechos 4:18-21, cuando Pedro y Juan fueron arrastrados ante las autoridades judías y amenazados por predicar el evangelio:

Los llamaron y les ordenaron terminantemente que dejaran de hablar y enseñar acerca del nombre